

Forse tra gli dei in cielo era in corso una battaglia. Tra noi s'era stabilito una specie d'equilibrio come se le sorti fossero sospese. Sui nostri laghi circondati da giardini biancheggiavano le vele dei brigantini costruiti da loro; dalle rive, i loro archibugi sparavano a salve. C'erano giorni in cui una improvvisa felicità s'impadroniva di me, e ridevo fino alle lacrime. E giorni in cui lacrimavo soltanto, tra le risate dei miei carcerieri. La pace risplendeva a intervalli tra le nuvole cariche di guerra. Non dimenticate che alla testa degli stranieri c'era una donna, una donna messicana di una tribù nostra nemica ma della nostra stessa razza. Voi dite: Cortés, Cortés, e credete che Malitzin — Doña Marina, come voi la chiamate — gli facesse solo da interprete. No, il cervello, o almeno metà del cervello di Cortés, era lei: erano due le teste che guidavano la spedizione spagnola; il disegno della Conquista nasceva dall'unione di una maestosa principessa della nostra terra e d'un piccolo uomo pallido e peloso. Forse era possibile — io la vedevo possibile — una nuova era in cui si saldassero le qualità degli invasori — che io credevo divine — e la nostra civiltà tanto più ordinata e raffinata. Forse saremmo stati noi a risucchiarli, con tutte le loro armature i cavalli le spingarde, ad appropriarci dei loro poteri straordinari, a far sedere i loro dei al banchetto dei nostri dei...

I. CALVINO, *Le interviste impossibili: Montezuma (Romanzi e racconti, vol. 3, Milano, Mondadori, 1994⁶, p. 190)*

brigantino: bergantín

sparare a salve: disparar salvas

spingarda: espingarda

Tal vez en el cielo, entre los dioses, se estaba librando una batalla. Entre nosotros se había asentado una especie de equilibrio, como si el éxito estuviese en suspenso. En nuestros lagos cercados de jardines blanqueaban las velas de los bergantines contruidos por los españoles; desde las riberas, sus arcabuces disparaban salvas. Había unos días en los que una inesperada felicidad se apoderaba de mí, y me reía hasta llorar. Y había unos días en los que solo lloraba, entre las risas de mis carceleros. La paz resplandecía a intervalos regulares entre las nubes cargadas de guerra. No se olviden que al mando de los invasores había una mujer, una mujer mexicana de una tribu enemiga nuestra, pero de nuestra misma raza. Ustedes dicen: Cortés, Cortés, y creen que Malitzin —Doña Marina, como ustedes la llaman— le hacía solo de intérprete. No, la mente, o por lo menos la mitad de la mente de Cortés, era ella: eran dos las cabezas que guiaban la expedición española; el diseño de la Conquista¹ nacía de la unión de una majestuosa princesa de nuestras tierras y de un pequeño hombre pálido y peludo. Quizás era posible —a mí me parecía posible— una nueva era en la que se juntaran las cualidades de los invasores —que yo creía divinas— y nuestra civilización, mucho más ordenada y fina. Quizás acabaríamos por absorberlos, con todas sus armaduras, los caballos y las espingardas, apropiándonos de sus extraordinarios poderes, permitiendo que sus dioses se sentaran a la mesa de nuestros dioses...

¹ Con mayúscula en el original.